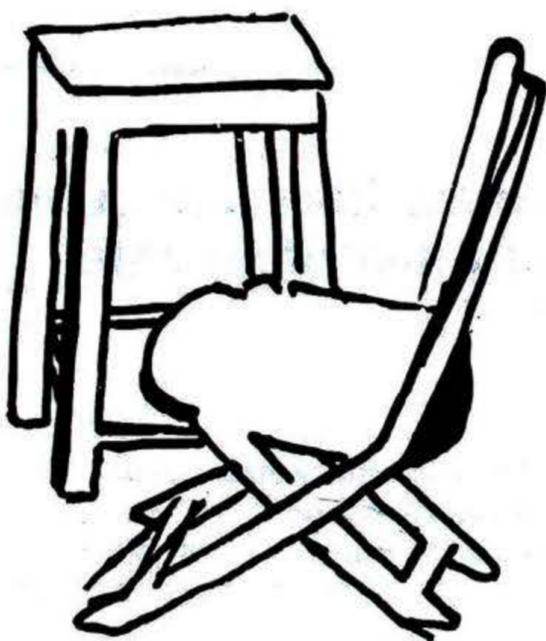


fundidad del socavón, sin el menor rayo de luz, a meditar en silencio: "ni un solo detalle concreto, ni siquiera la insinuación de una línea o la sugestión de un volumen llegaba a los ojos" (pág. 37). Entonces era una especie de "ídolo quieto entre las quietas sombras apretadas" (pág. 52). Refiriéndose a Ana María describe la "desnudez insolente de carne que ha estado siempre oculta" (pág. 118). En otro lugar habla de la "carne hecha para el goce, caliente pulpa de pecado sin remordimiento" (pág. 206).

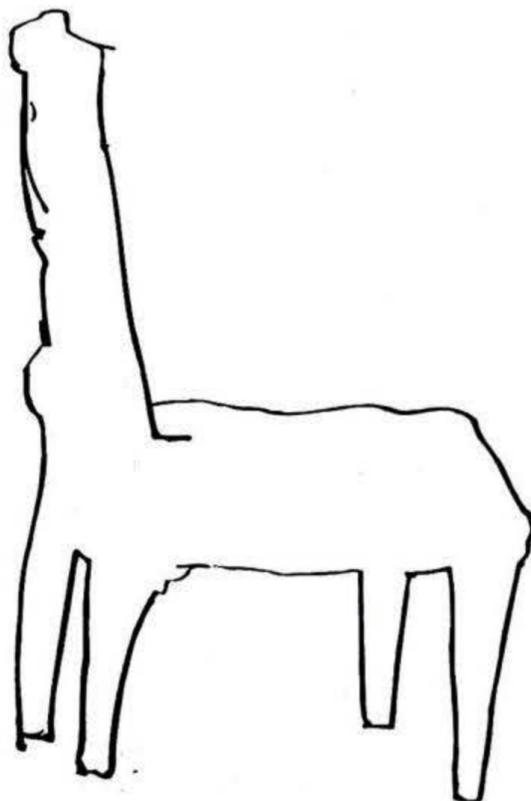
Pero lo que comienza siendo una virtud se convierte en lastre. Las palabras pierden su efectividad poética y la narración su fuerza. El uso reiterado de tres estrategias puede ser la causa de este resultado. En primer lugar, los diálogos. Es sabido que en español el diálogo mimético es pesado; aquél que de manera prolongada refleja las palabras exactas que dijeron los protagonistas. Botero Restrepo lo utiliza, a veces, con efectos nocivos para la recepción general de la obra; en especial los diálogos entre Ernesto y Hortensia y los del capítulo IX entre extranjeros y nativos en el club La Salada, plagados de frases innecesarias en inglés.



En segundo lugar, el uso de expresiones trimembres que le dan un tono de repetición al discurso y retardan el avance: "Aquellas conversaciones, aquellos silencios embarazosos, aquellas alusiones malévolas"; "una hija tan bella, una personalidad tan imprevista y una gracia tan extraña" (ambas en la página 270).

En tercero, la amplificación narrativa, que consiste en narrar por extenso

hechos que en la realidad duran apenas un instante, como ocurre cuando Osorio percibe en el interior de la mina la caída de los primeros terrones de tierra que preceden un derrumbe mortal (pág. 146). Lo que en la vida dura menos de un segundo, en la ficción ocupa muchas páginas. Esta técnica usada con mesura sorprende al lector, pero lo cansa si se abusa de ella.



Considero, sin embargo, que tales estrategias de lenguaje tienen un propósito estructural: describir el lento proceso de deterioro que sufre la mente de Ernesto. Muchas frases del siguiente tenor lo demuestran: "estaban de nuevo solos [Ernesto y Hortensia], nadando en pozos cerrados, braceando cada cual en la medrosa agua del destino, en el caduco charco de la memoria" (pág. 165). Ernesto, bebiendo ron, habla con Hortensia de un sueño de muerte y relaciona su vida en la mina, la explotación de los trabajadores, los amores de Andrés con Ana María, los celos de Osorio con las sombras, los socavones, los laberintos interiores de la mina (capítulo VIII). El exceso de palabrería hueca prelude la locura que lo conduce al suicidio melodramático. Repitiendo la palabra *kamikase*, incendia el depósito de dinamita de la mina.

A pesar de los altibajos mencionados, el balance de la lectura de esta obra del experimentado narrador antioqueño me parece positivo. *El sol va a la deriva* supera el realismo, desarticula la ya desueta dicotomía de civilización y bar-

barie, propone un interesante modelo de estructura temporal, recicla un tema que parecía concluido y ofrece momentos de placer estético memorables.

ÁLVARO PINEDA-BOTERO

Dolor, violencia, horror

&Ellas &Ellos

Ángela María Pérez Beltrán

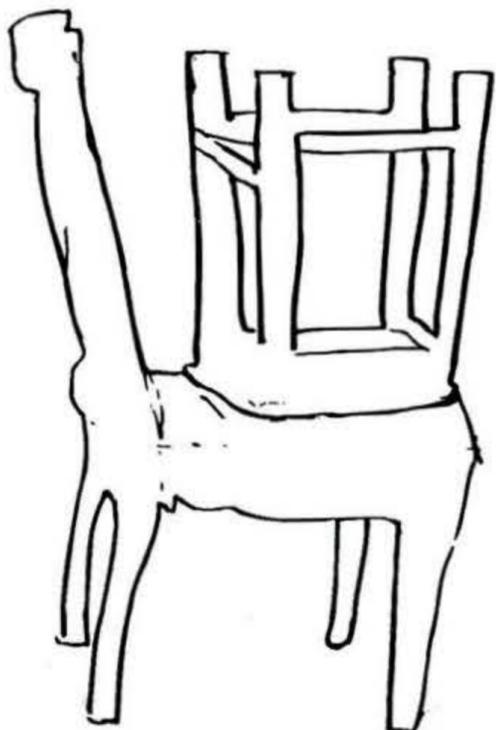
Soluciones editoriales Ltda., Tapalpa (Austin), 1994, xvi h.

Una sensación de rareza me queda en la primera lectura de estos textos que la autora llama minicuentos. Como si no se pudiera muy bien comprender de qué se trata o qué es lo que quiere decir esa voz que escribe o qué es lo que ocurre que no entiendo. Pero cierta fascinación por lo extraño, o tal vez por lo desagradable, o por lo surrealista, me hace llegar con curiosidad hasta el final. Allí encuentro que hay un principio y que es un asunto de Ellas y Ellos, a pesar de que el título obviamente lo dice.

Escasas páginas sin numeración, textos que no sé como nombrar, narrativa, prosa poética, no se sabe, tampoco importa. Son XVI, marcados con romanos. La segunda lectura abre otras puertas y el abismo se agranda entre Ellos y Ellas. Mujeres y varones intentando vivir y amar, dar y recibir, compartir. Seres desconcertados, enfrentados, haciéndose daño. La autora no tiene lástima ni se apiada de la ignorancia; con pesimismo nos señala a estos personajes humanos con su terrible sufrimiento, necesitando al otro, en su gran soledad, y tal vez sólo para afirmarse. Seres humanos que se hacen la pregunta sin respuesta.

Entonces Ellas van a donde Ellos, a la consulta. Ellos también se hacen la misma pregunta sin respuesta, interrogante sin solución. Es el tema del primer texto, de escasa media página, donde al final, cuando estos seres, Ellos y Ellas que buscan juntos, y a quienes se ha unido un gran número de otros Ellos

y Ellas, llegan a un lugar sin límites, pierden la memoria y se dispersan "con caras inexpresivas". Este primer cuento da el tono al libro, que tiene unidad, pero para encontrarla y descubrir ese tono hay que leerlo, y leerlo una vez más.



Cada pequeña historia, o minicuento o como ha de llamarse, nos acerca a una situación, cruda realidad. Nos presenta un personaje que enfrenta su insatisfacción, una insatisfacción muy contemporánea. En ese sentido este libro es moderno. Nos pone de frente a este final de siglo, no sólo por los temas, o los arquetipos escogidos para encarnar en Ellos o en Ellas, sino por el lenguaje y la manera de contar, la economía de palabras, sólo lo justo. El renegado, es un Él, que se vive negado y renegado por su madre, pobre tipo sin salida para quien su destino es ser el renegado. "Baja tus ojos, hunde tu cabeza entre tus hombros, agáchate aún más, nunca me mires, obedece". O el otro, también un Él, todo orden, todo cuadrícula que viene a las latitudes tropicales y, ante el desorden que vive como caos y amenaza, concluye que todo es peligroso, que los encierren. O las Ellas, una ella que es toda pasión. Su eros se desborda con sólo pensar en él. "La carne, el sexo, el olor, lo sólido, lo líquido, aromas, materia, colores giraban rondaban, más voluptuosos, más voluptuosos, la consumían y... él... impávido". U otra Ella que sólo es ella y su libertad, ningún compromiso, por eso opta por los tres. "El lunes llegó su querido y ella quería

el martes con el otro, mas no sospechaba que el miércoles era el del tercero". Y al final ella es un solitario fantasma.

Ellas y Ellos, cada quien con sus miedos, cada quien con sus deseos, todos diferentes, cada quien pensando sólo en sí mismo. Y ¿el Otro? y ¿Él? y ¿Ella?

Este libro es el trabajo de Ángela María Pérez Beltrán, durante los años que van entre 1986 y 1989. Por su formato, presentación y edición no parece tener otra pretensión que mostrar sus escritos de cuatro años mientras realizaba sus estudios de literatura en Estados Unidos. Se lee la necesidad que siente la autora de compartir con el lector o la lectora el producto de su trabajo, delgadito en apariencia pero gordo en desvelos. Llegan como vivencias casi que sacadas del cuaderno de observaciones del eterno dilema, de la pregunta sin respuesta, salpicadas de goterones de dolor. También hay violencia, también hay horror, como en el cuento del hombre que se pudre sin darse cuenta o sin darle mayor importancia. O Ellas que comen y comen con la pasión de la gula o de la enfermedad. "Desaforadas tragaban, engullían de chocolate fresa, vainilla. Empujaban con la manos, ya no respiraban, otro tanto detenida la acción por segundos". O aquel que se odia tanto que un mensaje interior lo lleva a arrancarse pedazos de su piel. Brochazos surrealistas, momentos en que la verdad no puede ser verdad y tiene que ser fantasía. Ángela María Pérez Beltrán goza describiendo la podredumbre, y luego nos entrega el diálogo más cotidiano, más sencillo, más íntimo. ¿Querida? ¿Y... hoy qué tenemos de cenar?"

"Ella me atacó y encontró mi cíclope escondido..." y nada pudo hacer, él era más pequeño que esa sombra. Este texto, el número III, es bastante interesante. Cada lectura me dice algo diferente. ¿Es ella quien ataca o es la sombra de ella? Es lo mismo, por supuesto pero también es la sombra como parte de uno mismo, el lado oscuro y destructivo. Es que la manera de narrar de Pérez Beltrán contiene el secreto para ser ambigua. No se ocupa de separar cada voz que habla de la próxima o de poner párrafos aparte; simplemente mezcla según lo va necesitando. ¿Quién es la voz que

habla? Es un Él o es una Ella, esa confusión hace que el texto se enriquezca de una manera no muy usual. Otro texto singular es uno que habla de estereotipos y roles. El número XI, donde el masculino y el femenino se encuentran en la confusión de identidades, casi que es ese caos ancestral, que nos remite a la pregunta sin respuesta del inicio del libro.

El libro, con carátula ilustrada por Cristóbal Pera, está lleno de los temas del amor o del desamor. La incomunicación de él y ella en la cama, el vacío, el amor imposible o posiblemente ridículo, la incredulidad, la burla y el cinismo: adulación y sensualidad es la fórmula del seductor, un chicanero, que se las conoce todas, pero aquí este don Giovanni nunca encuentra el punto débil de la mujer protagonista.

Relaciones sin inventar, sin acabar de hacer. Sueños desbaratados, imposibles. Eternas preguntas. De eso se trata este libro. El final es triste. Él y Ella de nuevo, el dolor otra vez en las manos de ella. Y entonces volvemos a empezar con la pregunta, la eterna pregunta de la raza.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Ni mediocre, ni bueno ni rematadamente malo

El desaparecido y otros cuentos
Reinaldo Spitaletta
Lealón, Medellín, 1991, 88 págs.

Para no andar con rodeos, diremos de una vez que llama la atención la relativamente abundante cantidad de imprecisiones y torpezas de escritura de este libro. Decimos "relativamente abundante" porque, sin ser excesivo el número de estos yerros, son los suficientes como para imponer la pregunta: ¿cómo puede ocurrirle esto no a un novato —caso en el cual puede optarse por ser algo condescendiente— sino a un periodista como el autor de este bre-